

CARTA A MI HERMANO

Querido Juan: te escribo
para contarte algunas cosas.
Ayer por la mañana
yo no sabía si salir o qué,
y, sentado en mi silla,
junto al café con leche
que se me queda frío
casi todos los días,
pensaba que es difícil
—para mí, por lo menos—
poner cara de hombre
normal, y sonreír
a la gente que bulle,
que te saluda, al viejo
portero de la casa,
y a todo dios que corre,
que atraviesa las plazas
detrás de algún asunto
—dinero, casi siempre—
esos hombres anónimos
que están peor que yo,
es decir, más cansados,
o enfermos, o perdidos,
pero que siguen siendo
hombres, viven y aguantan
esta vida cochina
y hermosa tantas veces,
Si mi mujer me mira
yo no sé qué decirle;
confía en mí, en mi fuerza,
y habla de cosas simples
—de otro año, de un piso
mayor o de la escuela
de Julia. Ay, Julia,
yo no quise, tú entiendes
y resulta que crece
cada día, que me habla,
me mira y me da besos,
me pide una peseta,
y también cree en mí,

me ve como un gigante
cariñoso y eterno,
y ríe, con la risa
de los que aman la vida
—como, a veces, yo río
cuando no pienso así—.

Estoy cansado, hermano,
me siento como un viejo
inútil, que ya hizo
todo lo que debía
y está de sobra aquí;
si creyera yo en algo
que no fuese la vida,
odiaría la vida
y querría morir.
Yo, Juan, sé que comprendes
lo que me ocurre, sé
que leerás la carta
y pensarás en mí,
en Luis, que está mejor
después de todo el lío,
en los años felices
que hemos vivido juntos
como tres compañeros,
y en todo lo que pesa
como un montón de escombros
en la memoria. Espero
recibir tus noticias,
saber que sigues bien,
leer cómo me riñes
por mi melancolía
y que dentro de poco
regresarás a casa
para estar mucho tiempo
con nosotros...

En fin,
se termina el papel.
Perdona mi tristeza,
pero quise explicarte
lo que me está pasando
para sentirme cerca

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

de ti, de tu alegría,
para olvidar un poco
esta sórdida vida
que acabará conmigo
si no pongo remedio.
Adiós, escribe pronto
y besos a Monique.

HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ

EL DESTERRADO

Cuando iba él por la ciudad de sus destierros
le perseguía un hombre con un hacha
al hombro.

Le obsedían espumosos caballos
que navegaban en torrentes;
o enflaquecidos niños
o, su padre, escribiendo.

No estaba nunca solo
pero la soledad más lóbrega y poblada
lo perseguía sin dejarlo nunca.

Amigos, sí, tenía: lejos.
Les escribía largas cartas
sin respuesta.

El gesticulaba
por la ciudad extraña
para espantar las sombras del asedio.

Cuando murió, vinieron sus amigos
o le escribieron cartas.
El hombre con el hacha le hizo una cruz enorme
de quebracho.

Y una estampida
de caballos cruzó un desierto oscuro.

Niños enflaquecidos miraron hacia arriba.
Y el padre del poeta lo vio venir, de abajo.